

Hector de Sainte-Hermine

grandesclásicos

Alexandre Dumas

Hector de Sainte-Hermine

La forja de un héroe

Traducción y postfacio de Rafael Blanco Vázquez



Primera edición: mayo de 2007

Título original: *Hector de Sainte-Hermine*

© de la traducción y del postfacio, Rafael Blanco Vázquez, 2007

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2007
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-33-8

Dep. Legal: M-

Maquetación de interiores: José María Carrancio

Cubierta y diseño editorial: Enrique Redel

Motivo de la cubierta: Anne-Louis Girodet de Roucy-Trioson: *Retrato de Jacques Cathelinau, general de Vendée* (1816) Musée d'Art et d'Histoire, Cholet.

Impresión y producción gráfica: Top Printer Plus

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Hector de Sainte-Hermine
La forja de un héroe

LAS DEUDAS DE JOSEFINA

«**E**stamos en la Tullerías —le había dicho el primer cónsul Bonaparte a su secretario Bourrienne al entrar en el palacio donde Luis XVI había hecho su penúltima parada, entre Versalles y el cadalso—, hemos de procurar quedarnos.»

Eran sobre las cuatro de la tarde del día 30 de Pluvioso del año 8 (19 de febrero de 1800), cuando estas fatídicas palabras habían sido pronunciadas.

Exactamente un año después de dicha instalación del primer cónsul se abre este relato, que es la continuación de nuestro libro *Los Blancos y los Azules*, el cual se cierra, como recordamos, con Pichegru huyendo de Sinnamary, y de nuestra novela *Los compañeros de Jéhu*, que se termina con la ejecución de Ribier, de Jahiat, de Valensolles y de Sainte-Hermine.

En cuanto al general Bonaparte, que en esta época sólo era general, lo hemos dejado en el momento en que, a su vuelta de Egipto, pisaba el suelo de Francia.

Desde el 24 de Vendimiario del año 7 (16 de octubre de 1799), ha hecho no pocas cosas.

Primero ha dado el golpe de estado del 18 de Brumario, gran proceso ganado por él en primera instancia, pero pendiente aún hoy del recurso de apelación de la posteridad.

Luego ha cruzado los Alpes como Aníbal y Carlomagno.

Luego, ayudado por Desaix y Kellermann, ha conseguido ganar la batalla de Marengo que tenía perdida.

Luego ha concluido un acuerdo de paz en Lunéville.

Y por último, el mismo día en que ha hecho que David coloque el busto de Bruto en la Tullerías, ha restablecido la apelación de «Señora».

A nadie se le impide obstinarse en seguir diciendo *ciudadano*, pero sólo los patanes y los bellacos siguen diciendo *ciudadana*.

Es bien sabido que a las Tullerías sólo acude gente respetable.

Estamos pues a 30 de Pluvioso del año 9 (19 de febrero de 1801), en el palacio del primer cónsul Bonaparte, en las Tullerías.

Demos a la generación actual, que ya se encuentra a dos tercios de siglo de esta época, una idea de lo que era este gabinete en el que se prepararon tantos acontecimientos, y retratemos con pluma para ella, en la medida de nuestras posibilidades, al hombre legendario que piensa no sólo en transformar Francia, sino en transfigurar el mundo entero.

Era una habitación de gran tamaño pintada de blanco con molduras de oro, y en ella había dos mesas.

La primera, muy hermosa, estaba reservada al primer cónsul; sentado a dicha mesa, la chimenea quedaba a su espalda y la ventana a su derecha. A la derecha también, en una habitación situada en un ángulo, se hallaba Duroc, su edecán de confianza desde hacía cuatro años. Su gabinete comunicaba con el despacho de Landorne, honrado sirviente en quien el primer cónsul tenía plena confianza, y con los grandes apartamentos que daban al patio.

Cuando el primer cónsul está sentado a su mesa, en su sillón con cabeza de león, cuyo brazo derecho tantas veces laceró con su navaja, tiene delante una inmensa biblioteca repleta de cajas de cartón.

Ligeramente a la derecha, al lado de la biblioteca, está la segunda puerta principal del gabinete. Dicha puerta se abre a un dormitorio de gala. De dicho dormitorio se llega al gran salón de recepciones, en

cuyo techo Le Brun pintó a Luis XIV en traje de gala. Un segundo pintor, que sin duda carecía de la fuerza del primero, cometió el sacrilegio de adornar la peluca del gran rey con una escarapela tricolor, que Bonaparte no se ha tomado la molestia de quitarle para así poder decir, señalando la anomalía a los visitantes:

«Estos hombres de la Convención eran unos idiotas.»

Frente a la única ventana que ilumina esta gran habitación y que da al jardín se encuentra un guardarropa contiguo al gabinete consular, guardarropa que no es más que el oratorio de María de Médicis y que conduce a una pequeña escalera que baja hasta la alcoba de Madame Bonaparte, situada en el entresuelo.

Al igual que María Antonieta, con la que tenía no pocos puntos en común, Josefina odiaba los apartamentos grandes. Por ello se había hecho en las Tullerías un pequeño refugio muy parecido al que María Antonieta se había hecho en Versalles.

Por este guardarropa es por donde aparecía, casi siempre (al menos en esta época), el primer cónsul al entrar por las mañanas en su gabinete. Decimos casi siempre porque fue en las Tullerías donde el primer cónsul tuvo por vez primera, separada de la de Josefina, una habitación a la que se retiraba cuando volvía muy tarde, o en los casos en que algún motivo de discusión (y esos motivos, sin ser frecuentes aún, ya aparecían de vez en cuando), en los casos en que algún motivo de discusión había provocado una riña nocturna, y dicha riña un enfado conyugal.

La segunda mesa, muy modesta, se hallaba cerca de la ventana. El secretario que trabajaba en ella podía avistar el tupido follaje de los castaños; pero había de levantarse si quería ver a quienes paseaban por el jardín. Le daba la espalda al perfil del primer cónsul, de modo que le bastaba con un ligero movimiento de cabeza para verlo de frente. Como eran pocas las veces en que Duroc estaba en su gabinete, es en este gabinete donde el secretario daba sus audiencias.

Dicho secretario es Bourrienne.

Los más hábiles pintores y escultores han rivalizado en talento para fijar sobre el lienzo, o extraer del mármol, los rasgos de Bonaparte, y más tarde los de Napoleón. Pero los hombres que lo han conocido en

la intimidad, aun reconociendo en las estatuas o en los retratos el rostro de este hombre extraordinario, dicen que ni del primer cónsul ni del emperador existe una sola imagen perfectamente conseguida.

Como primer cónsul, se han pintado o esculpido su cráneo prominente, su frente magnífica, sus cabellos pegados a las sienes y que le caían sobre los hombros, su cara morena, delgada y larga, y la costumbre mediatibunda de su fisonomía.

Como emperador, se ha reproducido esa cabeza que parecía una medalla antigua, se ha extendido por sus mejillas la palidez enfermiza que anunciaba una muerte prematura; se han dibujado esos cabellos de ébano que ponían en evidencia la lividez de sus mejillas; pero ni la tijera ni la paleta han podido recoger la llama móvil de sus ojos, ni la sombría expresión de su mirada al fijarse.

Dicha mirada obedecía a su voluntad con la rapidez del relámpago. No había persona que en la ira la tuviera más terrible; no había persona que en la bondad la tuviera más tierna.

Parecía que tuviera una fisonomía particular para cada uno de los pensamientos que se sucedían en su alma. Era muy bajito, apenas alcanzaba cinco pies y tres pulgadas, y sin embargo Kléber, que le sacaba una cabeza, le decía poniéndole la mano en el hombro: «General, sois grande como el mundo».

Y efectivamente daba entonces la sensación de sacarle una cabeza a Kléber.

Tenía unas manos hermosísimas, de las que estaba orgulloso y que cuidaba como lo habría hecho una mujer. Al hablar tenía la costumbre de mirarlas complacido; sólo se ponía el guante de la mano izquierda, dejando siempre la derecha al desnudo, con el pretexto de tenderla a aquellos a los que concedía esa gracia, pero la verdadera razón era que le gustaba mirarla y lustrarse las uñas con un pañuelo de batista.

Monsieur de Turennes, entre cuyas atribuciones estaba la de ocuparse de vestir al emperador, llegó con el tiempo a hacer que sólo le fabricaran guantes de la mano izquierda, y así ahorrraba seis mil francos al año.

El reposo le resultaba insoportable; gustaba de pasear incluso en sus apartamentos. En esos momentos, se inclinaba ligeramente hacia

adelante, como si el peso de sus pensamientos le inclinase la cabeza, y llevaba, sin ninguna afectación, las manos cruzadas a la espalda.

En mitad de los pensamientos a los que se abandonaba en estos peculiares paseos, a menudo se le escapaba un movimiento del hombro derecho, al tiempo que se le torcía la boca.

Fueron sin duda estos tics, que no eran más que una costumbre, los que hicieron que algunas personas que los interpretaron como movimientos convulsivos fueran diciendo que Bonaparte era presa de ataques de epilepsia.

Sentía por el baño una pasión absoluta; permanecía en él dos o tres horas, mientras le leían los periódicos, o algún panfleto sobre el que la policía le había llamado la atención. Una vez en el baño, solía dejar abierto el grifo de agua caliente, sin preocuparse de que el agua rebosara. Cuando Bourrienne, empapado por el vapor, ya no podía aguantar más, le pedía que o bien le dejara abrir la ventana o bien le dejara retirarse. En general la petición le era concedida.

A pesar de todo lo que se ha dicho, a Bonaparte le gustaba dormir; muy a menudo, a su secretario que le despertaba a las siete, le decía en tono quejumbroso: «¡Ay! Dejádme dormir un poco más. Por las noches entrad lo menos posible en mi habitación —insistía—; no me despertéis jamás por una buena noticia: una buena noticia nunca es urgente; pero si se trata de una mala noticia, despertadme inmediatamente, porque en ese caso no hay un minuto que perder».

En cuanto Bonaparte se levantaba, su ayuda de cámara, Constant, le afeitaba la barba y le alisaba los cabellos. Durante el afeitado, Bourrienne le leía los periódicos, empezando siempre por *Le Moniteur*; pero sólo le interesaban los periódicos ingleses o alemanes. Si Bourrienne le leía los titulares de alguno de los diez o doce periódicos franceses que se publicaban por entonces, decía: «Dejad, dejad, sólo dicen lo que yo quiero que digan».

Tras el aseo, Bonaparte subía con Bourrienne a su gabinete. Allí encontraba ya preparadas las cartas del día por leer y los informes del día anterior por firmar. Leía e indicaba las respuestas correspondientes, y luego firmaba los informes.

A las diez en punto, se abría la puerta y el mayordomo anunciaba:

—La comida del general está servida.

El almuerzo, muy simple, se componía de tres platos y postre. Uno de los platos era casi siempre un pollo con aceite y cebolla, parecido al que le habían preparado por primera vez en la mañana de la batalla de Marengo, y que desde entonces ha conservado el nombre de pollo a la Marengo.

Bonaparte bebía poco vino, vino de Burdeos y de Borgoña exclusivamente, y luego, tras el almuerzo o la cena, tomaba una taza de café.

Si trabajaba por la noche hasta más tarde de lo habitual, le llevaban a medianoche una taza de chocolate.

Desde muy pronto, se acostumbró al tabaco; pero apenas consumía tres o cuatro veces diarias, muy poco cada vez, y siempre en cajas muy elegantes, de esmalte o de oro.

Ese día, como de costumbre, Bourrienne había bajado a las seis y media a su gabinete, había abierto las cartas y las había puesto en la mesa grande, las más importantes debajo, para que Bonaparte las leyera en último lugar y se le quedasen en la memoria.

Luego, cuando en el péndulo dieron las siete, pensó que era hora de ir a despertar al general.

Pero, para su gran sorpresa, se encontró con Madame Bonaparte sola en la cama y llorando.

Huelga decir que Bourrienne tenía una llave del dormitorio de Bonaparte, y entraba siempre que fuera necesario, a cualquier hora del día o de la noche.

Al ver a Josefina sola y desconsolada, quiso retirarse.

Pero ella, que tenía mucho aprecio por Bourrienne y sabía que podía contar con él, lo retuvo y lo invitó a sentarse cerca de su cama.

Bourrienne se acercó, muy preocupado.

—¡Oh, señora! —dijo—, ¿no le habrá ocurrido nada al primer consúl?

—No, Bourrienne, no —respondió Josefina—; soy yo la que...

—¿Qué, señora?

—¡Ay, querido Bourrienne! ¡Soy tan desgraciada!

Bourrienne se echó a reír.

—Apuesto a que adivino de qué se trata —dijo.

—Mis proveedores... —balbució Josefina.

—¿Se niegan a proveeros?

—¡Oh! ¡Si sólo fuera eso!

—¿No habrán cometido la osadía de exigir que se les pague? —rió Bourrienne.

—¡Amenazan con perseguirme! ¡Imaginaos mi confusión, querido Bourrienne, si un papel sellado llegara a caer en manos de Bonaparte!

—¿Creéis que se atreverán?

—Eso seguro.

—¡Imposible!

—Mirad...

Y Josefina sacó de debajo de su almohada un papel con la imagen de la República.

Era una intimación dirigida al primer cónsul para pagar la suma adeudada por Madame Bonaparte, su mujer, de 40.000 francos en guantes.

La fortuna había querido que la intimación cayera en manos de la mujer en vez de caer en las del marido. La acción se realizaba en nombre de Madame Giraud.

—¡Diablos! —dijo Bourrienne—. ¡El asunto es de gravedad! ¿Habéis autorizado a todos vuestros sirvientes a solicitar los servicios de esta dama?

—No, querido Bourrienne; los 40.000 francos en guantes se refieren sólo a mí.

—¿Sólo a vos?

—Sí.

—Pero entonces, ¿lleváis diez años sin pagar?

—El asunto está liquidado con mis proveedores, a quienes pagué el 1 de enero del año pasado; un total de 300.000 francos. Y si ahora estoy temblando es precisamente porque recuerdo la ira de Bonaparte entonces.

—¿O sea que habéis gastado 40.000 francos en guantes desde el 1 de enero del año pasado...?

—Eso parece, Bourrienne, puesto que es la suma que me reclaman.

—Y decidme, ¿qué queréis que haga yo?

—Me gustaría, si Bonaparte está de buen humor esta mañana, que os aventurarais a comentarle la situación.

—Para empezar, ¿por qué no está con vos? ¿Algún altercado conyugal? —preguntó Bourrienne.

—No, en absoluto. Ayer por la noche salió de un humor excelente con Duroc, para *tantear*, como él dice, el estado de ánimo de los parisienses. Habrá vuelto tarde y, para no molestarme, se habrá acostado en su dormitorio de soltero.

—Y si está de buen humor, y le hablo de vuestras deudas, y me pregunta a cuánto ascienden, ¿qué debo responderle?

—¡Ay! ¡Bourrienne!

Josefina escondió la cara bajo la sábana.

—¿Tan escalofriante es la cifra?

—Enorme.

—¿Pero cuánto, vamos a ver?

—No me atrevo a decíroslo.

—¿Trescientos mil francos?

Josefina suspiró.

—¿Seiscientos mil...?

Nuevo suspiro de Josefina, más profundo que el anterior.

—Os confieso que me estáis asustando —dijo Bourrienne.

—He pasado la noche haciendo cálculos con mi buena amiga Madame Hulot, que se maneja de maravilla, pues yo, como podéis ver, Bourrienne, soy una negada para estas cosas.

—¿Y cuánto debéis?

—Más de un millón doscientos mil francos.

Bourrienne dio un salto hacia atrás.

—Tenéis razón —dijo, sin reírse esta vez—, el primer cónsul se va a poner furioso.

—Sólo le confesaremos la mitad —dijo Josefina.

—Error —dijo Bourrienne moviendo la cabeza—; ya puestos, confesadlo todo, es mi consejo.

—No, Bourrienne, no, ¡jamás!

—¿Pero cómo haréis con los otros seiscientos mil francos?

—¡Oh! Primero, se acabaron las deudas, que sólo provocan infelicidad.

—¿Pero y los otros seiscientos mil francos? —insistió Bourrienne.

—Los iré pagando poco a poco con mis ahorros.

—Os equivocáis; puesto que el primer cónsul no se espera la enorme cantidad de 600.000 francos, no montará más escándalo por 1.200.000 que por seiscientos mil. Al contrario, la violencia aún mayor del susto lo dejará más aturdido. Dará el 1.200.000 y vuestra deuda quedará saldada para siempre.

—No, no —exclamó Josefina—, no insistáis, Bourrienne; lo conozco, tendrá un ataque de furia de los suyos y yo no podré soportar sus accesos de violencia.

En ese momento se oyó la campanilla de Bonaparte llamando a su asistente, sin duda para saber dónde estaba Bourrienne.

—Es él —dijo Josefina—, ya está en su gabinete. Daos prisa en subir a verlo y, si está de buen humor, ya sabéis...

—Un millón doscientos mil francos, ¿no es eso? —preguntó Bourrienne.

—No, seiscientos mil, por el amor de Dios, ¡ni un céntimo más...!

—¿Estáis segura?

—Os lo ruego.

—Así será.

Y Bourrienne se precipitó por la pequeña escalera que conducía al gabinete del primer cónsul.

II

*DE CÓMO FUE LA CIUDAD LIBRE
DE HAMBURGO LA QUE PAGÓ LAS DEUDAS
DE JOSEFINA*

Cuando Bourrienne entró en el gran gabinete, encontró al primer cónsul en su escritorio, leyendo el correo matinal, previamente abierto y leído, como hemos dicho, por Bourrienne.

Llevaba el uniforme menor de general de división de la República, esto es la casaca azul sin charretera, con una simple rama de laurel de oro corriente, el pantalón de piel de ante, el chaleco rojo de grandes solapas y los borceguíes.

Al oír el ruido de los pasos de su secretario, Bonaparte se giró ligeramente hacia él.

—¡Ah! Sois vos, Bourrienne —dijo—; estaba llamando a Landorne para que os avisara.

—Había bajado a la alcoba de Madame Bonaparte, creyendo que os encontraría allí, general.

—No, he dormido en el gran dormitorio.

—¡Ja, ja! —rió Bourrienne—. ¡En el lecho de los Borbones!

—Pues sí.

—¿Y qué tal habéis dormido?

—Mal; y la prueba es que aquí estoy, sin necesidad de que me despertarais. A mí no me sienta bien tanta exquísitez.

—¿Habéis leído las tres cartas que he seleccionado para vos, general?

—Sí, la viuda de un sargento primero de la guardia consular, muerto en la batalla de Marengo, me pide que sea el padrino de su hijo.

—¿Qué hemos de responderle?

—Que acepto. Duroc me sustituirá; el niño se llamará Napoleón; la madre gozará de una renta vitalicia de 500 francos que su hijo heredará. Eso le responderéis.

—¿Y a la que, convencida de vuestra fortuna, os pide tres números para la lotería?

—Ésa está loca; pero como tiene fe en mi buena estrella y, al no haber ganado nunca, está segura de ganar, según dice, si le envió los tres números que me pide, le responderéis que sólo se gana a la lotería los días en que no se juega, y la prueba es que, no habiendo ganado ninguno de los días en que ha jugado, ha ganado trescientos francos el día en que se ha olvidado de jugar.

—Entonces, ¿le envió trescientos francos?

—Sí.

—¿Y la última carta, general?

—Había empezado a leerla cuando entrasteis.

—Seguid, os va a interesar.

—Leédmela; la letra es temblorosa y me cansa.

Bourrienne cogió la carta con una sonrisa.

—Sé de qué os reís —dijo Bonaparte.

—¡Ah! No lo creo, general —replicó Bourrienne.

—Pensáis que quien puede con mi letra puede con todas las letras, incluso con la de los gatos y los procuradores.

—Diantre, habéis dado en el clavo.

Bourrienne empezó:

«Jersey, 26 de febrero de 1801.

»He pensado, general, que, una vez finalizados todos vuestros viajes, no pecaría de indiscreción al interrumpiros en vuestras ocupa-

ciones cotidianas para presentaros mis respetos. Claro que quizá os sorprenda que tan poca cosa sea el objeto de la carta que tengo el honor de escribiros; sin duda recordaréis, general, que, cuando vuestro excelentísimo padre se vio forzado a ir a sacar a vuestros excelentísimos hermanos del colegio de Autun, desde donde fue a veros a Brienne, se quedó sin dinero contante. Entonces me pidió veinticinco luises que le presté con mucho gusto; tras su regreso, no tuvo la oportunidad de devolvérmelos, y, cuando yo me fui de Ajaccio, vuestra madre se ofreció a deshacerse de parte de su vajilla de plata, para poder dármelos. Yo rechacé su oferta y le dije que, en cuanto su situación mejorase, yo dejaría a Monsieur Souires el pagaré de vuestro padre, para que ella lo firmase según su conveniencia. Se me hace que no había encontrado aún el momento apropiado cuando llegó la Revolución.

»Tal vez os parezca extraño, general, que, por tan módica suma, os moleste en vuestras ocupaciones; pero me encuentro en una dura situación, y esta pequeña suma es actualmente una importante suma para mí. Exiliado de mi patria, forzado a refugiarme en esta isla en la que residir me resulta odioso, en la que todo es tan caro que hay que ser rico para vivir, me haríais un gran favor si quisierais facilitarme esta pequeña suma, que antaño me habría sido indiferente.»

Bonaparte asintió con la cabeza. Bourrienne vio dicho gesto.

—¿Os acordáis de este buen hombre, general? —preguntó.

—Perfectamente —dijo Bonaparte—, como si fuera ayer: la suma se contó ante mí en Brienne; debe apellidarse Durosel.

Bourrienne se fijó en la firma.

—Es cierto —dijo—; pero hay un segundo apellido más ilustre que el primero.

—¿Cómo se llama pues?

—Durosel Beaumanoir.

—Habrá que informarse si es de los Beaumanoir bretones; es un apellido respetable.

—¿Prosigo?

—Por supuesto.

Bourrienne prosiguió:

»No os costará comprender, general, que a la edad de ochenta y seis años, después de haber servido a la patria cerca de sesenta años sin la más mínima interrupción, resulta duro verse expulsado de todas partes y obligado a refugiarse en Jersey, para subsistir con la escasa ayuda del gobierno a los emigrantes franceses.

»Digo emigrantes franceses porque estoy aquí contra mi voluntad: yo no tenía la menor idea y mi único crimen consistía en ser el general más antiguo del cantón y haber sido condecorado con la gran cruz de San Luis.

»Una noche, vinieron a asesinar-me; derribaron mi puerta; alertado por los gritos de mis vecinos, sólo tuve tiempo de huir con lo puesto. Al ver que mi vida corría peligro en Francia, abandoné todas mis pertenencias, capital y muebles, y, no teniendo ningún lugar adonde ir en mi patria, vine aquí a reunirme con un hermano mío deportado, mayor que yo, que ha vuelto a la infancia y al que no abandonaré por nada del mundo. Tengo una suegra de ochenta años a quien se ha negado el dinero que por su viudedad yo le pagaba con mis bienes, so pretexto de que mis bienes han sido confiscados, lo que me lleva a morir en la bancarrota si las cosas no cambian, lo que siento en el alma.

»Confieso, general, que apenas estoy al tanto del nuevo estilo; pero, según el antiguo,

»Soy vuestro humilde servidor,
»DUROSEL BEAUMANOIR.»

—¿Y bien, general, qué opináis?

—Opino —replicó el primer cónsul con una ligera alteración de la voz—, que me emociona profundamente oír tales cosas. Esta deuda es sagrada, Bourrienne; escribid al general Durosel; yo firmaré la carta. Le enviaréis diez mil francos para empezar, pues quiero hacer más por este hombre que ha sido un benefactor para mi padre: me ocuparé de él... Pero, hablando de deudas, Bourrienne, tengo algo importante que deciros.

Bonaparte se sentó; se le frunció el ceño.

Bourrienne permaneció en pie junto a él.

—Quiero hablaros de las deudas de Josefina.

Bourrienne se estremeció.

—¡Bueno! —dijo—, ¿y de dónde os viene esa idea?

—De las malas lenguas.

Bourrienne se inclinó como quien no comprende pero no se atreve a preguntar.

—Figúrate, Bourrienne (a veces Bonaparte se descuidaba y tuteaba a su antiguo amigo), figúrate que he salido con Duroc para enterarme por mí mismo de lo que se dice por ahí.

—¿Y os han criticado mucho al primer cónsul?

—Digamos —replicó Bonaparte entre risas— que casi me muelen a golpes por criticarlo yo, y que sin Duroc, que se sacó la porra, me parece a mí que habríamos terminado detenidos y conducidos a la comisaría del Château-d'Eau.

—Nada de eso me explica de qué forma, en mitad de los elogios que se hacían sobre el primer cónsul, se hablaba de las deudas de Madame Bonaparte.

—En mitad de los elogios que se hacían sobre el primer cónsul, se decían cosas muy feas acerca de su mujer. Se decía que Madame Bonaparte arruinaba a su marido con su guardarropa, que contraía deudas a diestro y siniestro, que el más barato de sus vestidos costaba cien luisas, que el más modesto de sus sombreros costaba 200 francos. No creo una palabra de todo esto, Bourrienne, como comprenderás; pero cuando agua lleva, el río suena. El año pasado, pagué deudas por valor de 300.000 francos. El argumento fue que yo no había enviado dinero de Egipto. Muy bien. Pero ahora es distinto. Le doy a Josefina seis mil francos mensuales para su guardarropa. Considero que es suficiente. Murmuraciones como éstas acabaron con la popularidad de la pobre María Antonieta. Irás a ver a Josefina para informarte, Bourrienne, y arreglar el asunto.

—No os podéis imaginar —respondió Bourrienne—, lo que me alegra que seáis vos quien aborde la cuestión. Esta mañana, mientras os impacientabais porque yo no llegaba, Madame Bonaparte me rogaba precisamente que os comentara la enojosa situación en que se encuentra.

—¡Enojosa situación, Bourrienne! ¿Qué queréis decir? —preguntó Bonaparte, sin tutear esta vez a su secretario.

—Quiero decir que está siendo hostigada.

—¿Por quién?

—Por sus acreedores.

—¡Por sus acreedores! Creía haberla librado de ellos.

—Hace un año, sí.

—¿Y bien?

—Y bien, de un año a esta parte, la situación ha cambiado totalmente. Hace un año, era la mujer del general Bonaparte; hoy, es la mujer del primer cónsul.

—Bourrienne, hay que acabar con esto, no quiero más murmuraciones zumbando en mis oídos.

—Soy de la misma opinión, general.

—Tenéis que ser vos mismo quien se encargue del pago.

—Yo no pretendo otra cosa. Dadme la suma necesaria, y lo resolveré rápidamente, os lo garantizo.

—¿Cuánto os hace falta?

—¿Cuánto me hace falta...? ¡Hummm! Sí... veréis... eso es...

—¿Y bien?

—Y bien, eso es lo que Madame Bonaparte no se atreve a deciros.

—¿Cómo? ¿Lo que no se atreve a decirme? ¿Y tú?

—Yo tampoco, general.

—¡Tú tampoco! Pero entonces ¿es un pozo sin fondo!

Bourrienne dio un suspiro.

—Veamos —prosiguió Bonaparte—, si consideramos este año como el pasado, y te doy trescientos mil francos...

Bourrienne permanecía en silencio; Bonaparte lo miró con inquietud.

—¡Pero habla, imbécil!

—Pues bien, si me dais trescientos mil francos, general, sólo daréis la mitad de la deuda.

—¡La mitad! —exclamó Bonaparte poniéndose en pie—. ¡Seiscientos mil francos...! La deuda es de... ¿seiscientos mil francos...?

Bourrienne hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Ella os ha reconocido tal cantidad?

—Sí, general.

—¿Y con qué quiere que yo pague esos seiscientos mil francos? ¿Con los quinientos mil francos que gano como cónsul?

—¡Oh! Ella sabe perfectamente que vos tenéis algunos billetes de mil francos en reserva.

—¡Seiscientos mil francos...! —repitió Bonaparte—. ¡Y yo doy, para el mismo tiempo que tarda mi mujer en gastarse seiscientos mil francos en vestuario, una pensión de cien francos a la viuda y los hijos de valientes soldados muertos en las Pirámides y en Marengo! ¡Y ni siquiera puedo dársela a todos! Y han de vivir un año entero con esos cien francos, mientras Madame Bonaparte lleva vestidos de cien luises y sombreros de veinticinco. Habéis oído mal, Bourrienne, no son seiscientos mil francos.

—He oído perfectamente, general, y hasta ayer no se dio cuenta Madame Bonaparte de su situación al ver una factura de 40.000 francos en guantes.

—¿De cuánto decís...? —se sorprendió Bonaparte.

—Digo de cuarenta mil francos en guantes, general. ¿Qué queréis? Es así. Ayer hizo sus cálculos con Madame Hulot; se ha pasado la noche llorando, y esta mañana la he encontrado en pleno llanto.

—¡Ah! ¡Que llore! ¡Que llore de vergüenza, e incluso de remordimiento, diría yo! ¡Cuarenta mil francos en guantes...! ¿En cuánto tiempo?

—En un año —contestó Bourrienne.

—¡En un año! ¡El sustento de cuarenta familias...! Bourrienne, quiero ver todas esas facturas.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente. Son las ocho, he concedido audiencia a Cadoudal para las nueve, tengo tiempo. ¡Inmediatamente, Bourrienne, inmediatamente!

—Tenéis razón, general, acabemos cuanto antes, ya que estamos.

—Id a buscarme todas esas facturas, pero todas, me oís; las veremos juntos.

—Voy corriendo, general.

Y Bourrienne, efectivamente, bajó a toda prisa la escalera que conducía a la alcoba de Madame Bonaparte.

Una vez a solas, el primer cónsul echó a andar a grandes zancadas, con las manos a la espalda, abandonándose a su tic del hombro y de la boca y murmurando:

—Debería haberme acordado de lo que me había dicho Junot en las fuentes de Messoudi'ah, debería haber escuchado a mi hermano José y a mi hermano Luciano cuando me decían que no la viera a mi regreso. Pero ¿cómo resistir a Hortensia y a Eugenio? ¡Mis niños queridos! ¡Son ellos los que me han traído de nuevo junto a ella! ¡Oh! ¡El divorcio! Lo mantendré en Francia, ¡aunque sólo sea para separarme de esta mujer que no me da hijos y me arruina!

—Bueno —dijo Bourrienne al entrar—, no os arruinaréis por seiscientos mil francos, y Madame Bonaparte aún está en edad de daros un varón que dentro de cuarenta años heredará vuestro consulado vitalicio.

—¡Siempre has estado de su parte, Bourrienne! —dijo Bonaparte pellizcándole la oreja hasta hacerlo gritar.

—Qué queréis, general, estoy de parte de lo que es hermoso, bueno y débil.

Bonaparte agarró con una especie de rabia los papeles con los que Bourrienne llevaba los brazos llenos, y empezó por arrugarlos convulsivamente con las manos.

Luego, cogiendo una factura al azar y leyendo:

—Treinta y ocho sombreros... ¡En un mes! ¿Pero es que se pone dos al día...? ¡Garzas a mil ochocientos francos! ¡Y esencias a ochocientos! —luego, tirando la factura con ira y cogiendo otra—: perfumería de Mademoiselle Martin; 3306 francos de carmín: 1749 francos solamente en el mes de junio. ¡Carmín a cien francos el tarro! Recordad ese nombre, Bourrienne, es una bribona que hay que enviar a la cárcel de Saint-Lazare, Mademoiselle Martin, ¿oís?

—Sí, general.

—¡Ah...! Aquí están los vestidos. Monsieur Leroy... En otro tiempo teníamos costureras, hoy tenemos sastres para mujeres, es más moral. Ciento cincuenta vestidos en un año; ¡400.000 francos en vestidos! Pero si seguimos así, no son 600.000 francos, es 1 millón, es 1.200.000 francos lo que tendremos al final.

—¡Oh, general! —dijo enérgicamente Bourrienne—, se han dado algunos anticipos.

—¡Tres vestidos de 5000 francos!

—Sí —dijo Bourrienne—, pero hay seis de 500 francos.

—¿Os burláis, caballero? —dijo Bonaparte frunciendo el ceño.

—No, general, no me burlo, pero opino que no es digno de un hombre como vos enfurecerse por semejante fruslería.

—Pues Luis XVI, que era rey, se enfurecía sin problema, ¡y eso que tenía 25 millones de presupuesto!

—Vos sois y sobre todo seréis cuando queráis más rey que Luis XVI, general; además, reconoced que Luis XVI era un pobre hombre.

—Un buen hombre, caballero.

—Me gustaría saber, si se dijera del primer cónsul que es un buen hombre, qué diría el primer cónsul.

—Si al menos por 5000 francos me trajeran hermosos vestidos del tiempo de Luis XV, con volantes, con aros, con miriñaques, vestidos para los que hacían falta cincuenta metros de tela, lo entendería, pero con esos vestidos tan tiesos, si es que parecen paraguas en sus fundas.

—Hay que seguir la moda, general.

—Precisamente, y es lo que más rabia me da. No es la tela lo que pagamos. Si fuera la tela, al menos las fábricas saldrían ganando; pero no, es el corte experto de Monsieur Leroy: quinientos francos en tela y 4500 francos en confección. ¡*La moda...*! Ahora se trata de conseguir seiscientos mil francos para pagar la moda.

—¿No disponemos de cuatro millones?

—¿Qué cuatro millones?

—Los que el senado de Hamburgo acaba de pagarnos, por haber permitido la extradición de los dos irlandeses a quienes salvasteis la vida.

—¡Ah, sí! Napper-Tandy y Blackwell.

—Creo incluso que son cuatro millones y medio, y no cuatro millones, lo que el senado ha hecho que se os pague directamente por mediación de Monsieur Chapeau-Rouge.

—Caramba —rió Bonaparte, y recuperando todo su buen humor al recordar la faena que le había hecho a la ciudad libre de Hambur-

go—: no sé si tenía derecho a actuar como lo hice; pero yo volvía de Egipto, y era una de esas pequeñas *infamias* a las que había acostumbrado a los pachás.

En ese momento en el péndulo dieron las nueve.

Se abrió la puerta y Rapp, que estaba de servicio, anunció que Cadoudal y sus dos edecanes esperaban en la sala de audiencias.

—Pues muy bien, que así sea —dijo Bonaparte a Bourrienne—, coged 600.000 francos de ese dinero, pero no quiero volver a oír una palabra de este asunto.

Y Bonaparte salió para ir a dar audiencia al general bretón.

Nada más cerrarse la puerta, Bourrienne hizo sonar la campanilla. Landorne acudió al instante.

—Id a anunciar a Madame Bonaparte que tengo que comunicarle una buena noticia, pero que, como no me atrevo a salir de mi gabinete en el que estoy solo, *en el que estoy solo*, oís, Landorne, le ruego que venga ella.

Con la seguridad de que se trataba de una buena noticia, Landorne se precipitó por las escaleras.

Todo el mundo, empezando por Bonaparte, adoraba a Josefina.

III

LOS COMPAÑEROS DE JÉHU

No era la primera vez que Bonaparte intentaba que este temible partisano abrazara la causa de la República y se uniera a él.

Algo que le había ocurrido a su regreso de Egipto, y que había tenido las consecuencias que veremos, había dejado en su memoria un hondo recuerdo.

El 17 de Vendimiario del año 8 (9 de octubre de 1799), Bonaparte, como es sabido, había desembarcado en Fréjus, sin respetar la cuarentena, a pesar de llegar de Alejandría.

Enseguida se había subido a una silla de posta con su edecán de confianza, Roland de Montrevel, y había partido hacia París.

El mismo día, a eso de las cuatro de la tarde, llegaba a Aviñón, se detenía a cincuenta pasos de la Porte d'Oulle, delante del Hôtel du Palais-Égalité, que desde hacía poco volvía a llamarse Hôtel du Palais-Royal, que era el nombre que había tenido desde principios del siglo dieciocho y que tiene aún hoy, descendía del carruaje, acuciado por esa necesidad que tienen en común todos los mortales entre las cuatro y las seis de la tarde de comer bien o mal.

El maestresala preguntó a Bonaparte, que no tenía, empero, más signo distintivo de preeminencia sobre su acompañante que un paso más decidido y una voz más imperiosa, el maestresala preguntó a Bonaparte si deseaba que le sirvieran aparte, o si comería en mesa común.

Bonaparte caviló un instante, pero como la noticia de su llegada aún no había tenido tiempo de extenderse por Francia, como todo el mundo le creía en Egipto, como él y su acompañante llevaban, poco más o menos, la indumentaria de la época, el deseo tan intenso en él de ver con sus propios ojos y de enterarse con sus propios oídos fue más fuerte que el miedo a ser reconocido, y como la mesa del comedor que estaba siendo atendida en esos momentos le permitía cenar sin demora, contestó que comería en mesa común.

Y volviéndose hacia el postillón que le había llevado hasta allí:

—Que en una hora los caballos estén enganchados al coche —dijo.

El maestresala indicó a los recién llegados el camino de la mesa común, Bonaparte entró en primer lugar en el comedor; Roland le siguió.

Los dos jóvenes —Bonaparte tenía entonces entre veintinueve y treinta años, Roland veintiséis— se instalaron en un extremo de la mesa, separados de los demás comensales por una distancia de tres o cuatro cubiertos.

Cualquiera que haya viajado sabe la impresión que producen los recién llegados a una mesa común: todas las miradas se concentran en ellos, pasan a ser por un instante objeto de la atención general.

Entre los comensales se encontraban clientes asiduos del hotel, un cierto número de viajeros que se dirigían de Marsella a Lyon en diligencia, y un marchante de vinos de Burdeos, que se encontraba temporalmente en Aviñón por las razones que daremos.

La extravagancia que se permitieron los recién llegados al sentarse aparte redobló la curiosidad de que eran objeto.

Aunque llevaban idéntica indumentaria, es decir borceguíes sobre el pantalón corto, traje de faldones largos, sobretodo de viaje y sombrero de ala ancha, aunque parecían tratarse de igual a igual, el que había entrado en segundo lugar daba pruebas de una deferencia notable hacia su acompañante, y ello, al no poder deberse a la edad, se debía sin duda

a una inferioridad de rango. Además, le llamaba *ciudadano*, mientras que su acompañante le llamaba simple y llanamente Roland.

Pero ocurrió lo que suele ocurrir en estos casos; tras concentrar toda su atención durante un minuto en los recién llegados, los comensales apartaron sus miradas y la conversación, por un instante interrumpida, siguió su curso.

Giraba en torno a un asunto de gran interés para los viajeros: la reacción termidoriana, las esperanzas del ideal monárquico cuya llama se acababa de reavivar; allí se hablaba libremente de una restauración cercana de la casa de Borbón, que no podía, con Bonaparte encerrado en Egipto, tardar más de seis meses en llegar. Lyon, una de las ciudades que más habían sufrido durante la Revolución, se había convertido con toda naturalidad en el cuartel general de la conspiración.

Un auténtico gobierno provisional se había establecido allí con su comité real, su administración real, su estado mayor real y sus ejércitos reales.

Pero para sufragar esos ejércitos, para mantener la guerra permanente de la Vendée y del Morbihan, hacía falta dinero y mucho dinero. Inglaterra proporcionaba algo, pero no era pródiga; así pues, sólo la República podía remunerar a sus enemigos. Ahora bien, en lugar de abrir con ella una negociación escabrosa, a la que forzosamente se habría negado, el comité real había preferido organizar bandas encargadas de arrebatarse sus ingresos y de asaltar los coches que transportaban los fondos públicos. La moral propia de las guerras civiles, asaz relajada por esos lares, no veía como un robo, sino como una operación, sino como un hecho de armas, el saqueo de la diligencia del Tesoro.

Una de dichas bandas se había establecido en la carretera de Lyon a Marsella, y precisamente se estaba hablando, en el momento en que los viajeros tomaban asiento a la mesa común, del atraco de una diligencia cargada con una suma de 60.000 francos propiedad del gobierno. El atraco había tenido lugar el día anterior en la carretera de Marsella a Aviñón, entre Lambesc y Pont-Royal.

Los ladrones, si se puede llamar así a estos nobles salteadores de diligencias, en ningún momento habían ocultado al conductor, a quien habían dado un recibo con la cantidad, que dicha cantidad iba a cruzar

toda Francia por medios más seguros que su coche y estaba destinada a abastecer en Bretaña al ejército de Cadoudal.

Todo esto era algo nuevo, extraordinario, casi imposible para Bonaparte y Roland, que llevaban dos años fuera de Francia, y que ni se podían imaginar la profunda inmoralidad que se había apoderado de todas las clases sociales bajo el blando gobierno del Directorio.

El suceso había tenido lugar en la misma carretera que acababan de tomar, y el que lo contaba era uno de los actores principales de dicha escena de salteadores de caminos.

Era el marchante de vinos de Burdeos.

Los que parecían más curiosos por conocer detalles, aparte de Bonaparte y su acompañante, que se conformaban con escuchar, eran los viajeros de la diligencia que acababan de llegar y se disponían a partir de nuevo. En cuanto a los demás comensales, es decir los lugareños, parecían tan al corriente de tales catástrofes que podrían haber dado detalles en vez de obtenerlos.

El marchante de vinos era objeto de la atención general, y, todo hay que decirlo, se mostraba digno de ella por la cortesía con que contestaba a todas las preguntas que se le hacían.

—De modo, ciudadano —preguntaba un señor gordo contra el que se apretujaba, pálida y temblorosa de pánico, una mujer alta, seca y flaca, que hasta parecía que le castañeteaban los huesos—, que, según decís, el robo ha tenido lugar en la misma carretera que acabamos de atravesar.

—Así es, ciudadano. Entre Lambesc y Pont-Royal, ¿os habéis fijado en un lugar en el que la carretera sube y se estrecha entre dos colinas, un lugar con multitud de rocas?

—¡Oh! Sí, amigo mío —dijo la mujer aferrándose al brazo de su marido—, me he fijado, e incluso recordarás que dije: ¡vaya un lugar siniestro!; prefiero pasar por aquí de día que de noche.

—¡Ah, señora! —dijo un joven cuya voz exageraba la guturalidad de la época, y que parecía reinar sobre la conversación de la mesa común—, habéis de saber que para sus excelencias *los compañeros de Jéhu* no hay diferencia entre el día y la noche.

—Cierto —dijo el marchante de vinos—, fue en pleno día, a las diez de la mañana, cuando nos obligaron a detenernos.

—¿Y cuántos eran? —preguntó el señor gordo.

—Cuatro, ciudadano.

—¿Apostados en la carretera?

—No, llegaron a caballo, armados hasta los dientes y enmascarados.

—Es su costumbre, es su costumbre —dijo el joven de la voz gutural—; y luego dijeron, o me equivoco: No os defendáis, no se os hará ningún daño; sólo nos interesa el dinero del gobierno.

—Palabra por palabra, ciudadano.

—Sí —prosiguió el que parecía tan bien informado—. Dos de ellos echaron pie a tierra, lanzaron la brida de sus caballos a sus compañeros, y ordenaron al conductor que les entregara el dinero.

—Ciudadano —dijo el hombre gordo fascinado—, ¿en verdad contáis la historia como si la hubierais visto!

—Quizás el caballero estaba presente —dijo Roland.

El joven se giró enérgicamente hacia el oficial.

—No sé, ciudadano —dijo—, si tenéis la intención de decirme una grosería, hablaremos de ello tras la cena; pero, en cualquier caso, estoy muy orgulloso de deciros que mis opiniones políticas son tales que, salvo que vuestra intención fuera insultarme, no vería en vuestra sospecha una ofensa. Pero ayer por la mañana, a las diez, en el momento en que la diligencia era asaltada a cuatro leguas de aquí, estos señores son testigos de que yo estaba almorzando a esta misma mesa, entre los dos ciudadanos que en este momento me honran con su presencia a mi derecha y a mi izquierda.

—Y —prosiguió Roland, dirigiéndose esta vez al marchante de vinos—, ¿cuántos hombres erais en la diligencia?

—Éramos siete hombres y tres mujeres.

—Siete hombres, ¿sin contar al conductor? —repitió Roland.

—Por supuesto —contestó el bordelés.

—Y siendo ocho hombres, ¿os han desvalijado cuatro bandidos! Os doy la enhorabuena, caballero.

—Sabíamos a quién nos enfrentábamos —respondió el marchante de vinos—, y no se nos hubiera ocurrido defendernos.

—¡Cómo! —replicó Roland—, os enfrentabais a unos malhechores, a unos ladrones, a unos salteadores de caminos.

—Nada de eso, puesto que se habían presentado.

—¿Se habían presentado?

—Habían dicho: «No somos malhechores, somos *compañeros de Jéhu*. No tenéis por qué defenderos, señores; señoras, no tengáis miedo».

—Efectivamente —dijo el joven de la mesa común—; es su costumbre avisar, para evitar malentendidos.

—Ea —dijo Roland, mientras Bonaparte permanecía en silencio—, ¿y puede saberse quién es el tal ciudadano Jéhu que tiene compañeros tan educados? ¿Es su capitán?

—Caballero —dijo un hombre que por su indumentaria parecía un sacerdote secularizado, y que también daba la sensación de ser un lugareño y un cliente habitual de la mesa común—, si fuerais más versado de lo que parecéis ser en el estudio de las Santas Escrituras, sabríais que hace algo así como 2600 años que el tal ciudadano Jéhu murió, y que por consiguiente le es imposible asaltar, a día de hoy, las diligencias que van por los caminos.

—Señor abad —prosiguió Roland—, como, pese al acerbo tono que adoptáis, dais la impresión de ser muy instruido, permitid que un pobre ignorante os pida algunos detalles acerca del tal Jéhu muerto hace 2600 años, y que sin embargo tiene el honor de contar con compañeros que llevan su nombre.

—Caballero —replicó el eclesiástico, con la misma acritud de tono—, Jéhu era un rey de Israel, coronado por Eliseo a condición de castigar los crímenes de la casa de Acab y Jezabel, y de matar a todos los sacerdotes de Baal.

—Señor abad —contestó entre risas el joven oficial—, os agradezco la explicación; no dudo de su veracidad ni sobre todo de su erudición, pero os confieso que no me aclara gran cosa.

—¿Cómo? Ciudadano —dijo el cliente habitual de la mesa común—, ¿no comprendéis que Jéhu es S.M. Luis XVIII, que Dios conserve, coronado a condición de castigar los crímenes de la República y de matar a los sacerdotes de Baal, esto es a los girondinos, a los franciscanos, a los jacobinos, a los termidorianos, a todos aquellos, en fin, que han tenido algo que ver en esta situación abominable que desde hace siete años se conoce como la Revolución?

—¡Claro, hombre! —dijo Roland—. Desde luego, ya empiezo a entender; pero, entre aquellos que los compañeros de Jéhu están encargados de combatir, ¿contáis también a los valientes soldados que han expulsado al extranjero fuera de las fronteras de Francia y a los ilustres generales que han capitaneado los ejércitos del Tirol, de Sambre-et-Meuse y de Italia?

—Sin duda, y sobre todo.

En los ojos de Roland brilló un foganazo, la nariz se le dilató, los labios se le apretaron, y él se levantó de la silla; pero, como su acompañante le tiró del traje y le forzó a sentarse, la palabra «¡bribón!» que iba a lanzar a la cara de su interlocutor se le quedó atrapada entre los dientes.

Luego, con voz queda, el que acababa de dejar constancia de su autoridad sobre su acompañante, tomando la palabra por primera vez:

—Ciudadano —dijo—, perdonad a dos viajeros que llegan del fin del mundo, como quien dice de América o de la India, que llevan dos años fuera de Francia, que ignoran lo que en ella ocurre, y que están deseosos de instruirse.

—Decid qué deseáis saber —preguntó el joven, que parecía no haber concedido sino una importancia secundaria a la injuria que Roland había estado a punto de lanzarle.

—Yo creía —prosiguió Bonaparte— que los Borbones se habían resignado totalmente al exilio; yo creía que la policía estaba para evitar que hubiera bandidos y salteadores por los caminos; yo creía asimismo que el general Hoche había pacificado totalmente la Vendée.

—Pero, ¿de dónde venís? ¿De dónde venís? —dijo el joven carcajeándose.

—Os lo he dicho, ciudadano, del fin del mundo.

—Pues muy bien, ahora vais a comprender. Los Borbones no son ricos; los emigrantes, cuyos bienes han sido vendidos, están en la ruina. Es imposible sufragar dos ejércitos en el oeste y organizar uno en las montañas de Auvergne sin dinero. Pues bien, los *compañeros de Jéhu*, al asaltar las diligencias y saquear los ingresos de los recaudadores, se convierten en los tesoreros de los generales monárquicos. Preguntad más bien a Charette, a Cadoudal y a Teyssonnet.

—Pero —se aventuró a decir tímidamente el marchante de vinos de Burdeos—, si a sus excelencias *los compañeros de Jéhu* sólo les interesa el dinero del gobierno...

—El dinero del gobierno, ningún otro; no hay el más mínimo ejemplo de saqueo de un particular.

—¿Cómo es posible entonces que ayer —prosiguió el bordelés—, además del dinero del gobierno, se llevaran una taleguilla precintada de doscientos lises que me pertenecían?

—Estimado caballero —respondió el joven—, ya os he dicho que se trataba de un error, y, tan cierto como que me llamo Alfred de Barjols, ese dinero os será devuelto un día u otro.

El bordelés lanzó un suspiro y sacudió la cabeza como quien, pese a la seguridad que se le da, aún conserva algunas dudas.

Pero en ese momento, como si el compromiso adquirido por el joven noble, que acababa de revelar al mismo tiempo su nombre y su posición social, hubiera atizado los escrúpulos de aquellos a los que avalaba, un caballo al galope se detuvo delante de la puerta de la calle, se oyeron pasos en el corredor, la puerta del comedor se abrió, y un hombre enmascarado, armado hasta los dientes, apareció en el umbral.

Todas las miradas se volvieron hacia él.

—Caballeros —dijo, en medio del profundísimo silencio que su inesperada aparición había provocado—, ¿hay aquí un viajero llamado Jean Picot que se hallaba en la diligencia asaltada entre Lambesc y Pont-Royal por los *compañeros de Jéhu*?

—Sí —dijo el marchante de vinos, estupefacto.

—¿Sois vos por casualidad, caballero? —preguntó el hombre enmascarado.

—Soy yo.

—¿No os cogieron nada vuestro?

—Desde luego que sí, me cogieron una taleguilla precintada de 200 lises que yo había encomendado al conductor.

—Y debo añadir —agregó Monsieur Alfred de Barjols— que en este mismo instante el caballero hablaba del asunto y ya daba su dinero por perdido.

—El caballero se equivocaba —dijo el desconocido enmascarado—; nosotros hacemos la guerra al gobierno y no a los particulares. Somos partisanos y no ladrones. Aquí están vuestros 200 luises, caballero, y si un error semejante se volviera a producir, no dudéis en reclamar en nombre de Morgan.

Y tras estas palabras, el hombre enmascarado dejó una taleguilla llena de oro a la derecha del marchante de vinos, se despidió con una cortés reverencia de los comensales de la mesa común y salió, dejando a algunos aterrorizados, y a otros sobrecogidos por su audacia.

En ese momento fueron a decirle a Bonaparte que los caballos estaban enganchados al coche.

Se levantó diciendo a Roland que pagara.

Roland se acercó al maestresala, mientras Bonaparte se subía al coche. Pero, al ir a reunirse con su acompañante, Roland se cruzó con Alfred de Barjols.

—Perdón, caballero —le dijo éste—; pero antes mascullasteis una palabra que me era destinada y que no salió de vuestra boca; ¿puedo saber qué hizo que os contuvierais?

—¡Ah! Caballero —dijo Roland—, lo que hizo que me contuviera es simple y llanamente que mi acompañante me tiró del bolsillo del traje, de manera que, por temor a desagradarle, no quise llamaros bribón, como era mi deseo.

—Si deseabais insultarme de esta guisa, caballero, ¿puedo entonces darme por insultado?

—Si ello os complace, caballero...

—Me complace en la medida en que me brinda la oportunidad de pedir os satisfacción.

—Caballero —dijo Roland—, mi acompañante y yo, como podéis ver, tenemos mucha prisa; pero me quedaré con gusto una hora rezagado, si creéis que una hora bastará para evacuar nuestras diferencias.

—Una hora bastará, caballero.

Roland saludó y corrió hacia la silla de posta.

—¿Y bien? —dijo Bonaparte—, ¿te vas a batir?

—No me queda otro remedio, general —contestó Roland—; pero mi adversario me parece muy fácil; no tardaré más de una hora.

Cogeré un caballo en cuanto el asunto esté arreglado y os alcanzaré con toda seguridad antes de Lyon.

Bonaparte se encogió de hombros.

—Qué mala cabeza tienes —dijo. Y luego, tendiéndole la mano—: procura al menos que no te maten, te necesito en París.

—¡Ah! Estad tranquilo, general: entre Valence y Vienne iré a daros noticias mías.

Bonaparte partió.

Una legua más allá de Valence, oyó el galopar de un caballo e hizo que detuvieran el coche.

—¡Ah, eres tú, Roland! —dijo—. Parece que todo ha salido bien.

—De maravilla —dijo Roland pagando su caballo.

—¿Os habéis batido?

—Sí, mi general.

—¿Cómo?

—Con pistola.

—¿Y...?

—Y lo he matado, mi general.

Roland recuperó su asiento junto a Bonaparte, y el carruaje siguió su camino al galope.

IV

CABEZA REDONDA*

Bonaparte necesitaba a Roland en París, para que le ayudase en el 18 de Brumario. Una vez concluido con éxito el 18 de Brumario, lo que había oído y visto con sus propios ojos en la mesa del comedor de Aviñón le volvió a la memoria. Decidió perseguir sin tregua a los *compañeros de Jéhu*. En cuanto pudo, le dio pleno poderes a Roland para que se ocupara de ellos.

Más tarde veremos la oportunidad que le brindó una mujer que deseaba vengarse, y la lucha terrible tras la cual los cuatro jefes de la confabulación cayeron en su poder, y de qué manera éstos se mostraron dignos hasta el final de la reputación que se habían forjado.

Roland regresó a París con todos los honores. Ahora se trataba, no de atrapar a Cadoudal, a nadie se le escapaba que la cosa era imposible, sino de procurar que abrazara la causa de la República.

Fue de nuevo Roland el encargado por Bonaparte de realizar tal misión.

*.— Nota del traductor. Este capítulo carece de título en el original de Dumas. Lo mismo ocurre con los capítulos V y VIII.

Roland partió, recabó información en Nantes, cogió la carretera de La Roche-Bernard, y, de La Roche-Bernard, tras nuevas averiguaciones, partió hacia el pueblo de Muzillac.

Era allí, efectivamente, donde estaba Cadoudal.

Entremos antes que él en el pueblo, acerquémonos a la cuarta choza que se encuentra a la derecha nada más entrar, peguemos el ojo a la ranura de uno de los postigos y miremos.

Enfrente de nosotros tenemos a un hombre vestido con la indumentaria propia de los ricos campesinos del Morbihan. Un único galón de oro, del tamaño de un dedo, le adorna el cuello, los ojales del traje y los lados del sombrero. El traje es de paño gris, con cuello verde. El resto de la indumentaria lo componen pantalones bretones y polainas de piel que cubren prácticamente hasta la rodilla.

En una silla ha dejado el sable tirado: en la mesa tiene un par de pistolas al alcance de la mano. En la chimenea, los cañones de dos o tres carabinas reflejan un fuego ardiente.

Está sentado a la mesa en la que ha puesto las pistolas: una lámpara le ilumina el rostro y los papeles que está leyendo con la máxima atención. Su rostro es el de un hombre de treinta años; la expresión es franca y risueña; los cabellos son rubios y ensortijados, los ojos azules, grandes y vivarachos, y, cuando sonrío, exhibe una doble hilera de dientes blancos que no conocen el contacto ni del acero ni del cepillo de un dentista.

Este hombre, al igual que su compatriota Du Guesclin,* tiene la cabeza grande y redonda, y por ello se le conoce tanto con el nombre de general *Cabeza Redonda* como con el de Georges Cadoudal.

Georges era el hijo de un labrador de la parroquia de Kerléano; acababa de recibir una excelente educación en el colegio de Vannes cuando se produjeron los primeros llamamientos a la insurrección monárquica en la Vendée. Cadoudal los oyó, reunió a sus compañeros de caza y de placeres, cruzó el Loira al mando del grupo y fue a ofrecer sus servicios a Stofflet.

*.— Nota del traductor. Bertrand du Guesclin (1320-1380), condestable de Francia perteneciente a una de las más antiguas familias de Bretaña.

Pero el antiguo guardabosques de Monsieur de Maulevrier tenía sus prejuicios, no le gustaba la nobleza y aún menos la burguesía; antes de aceptar a Cadoudal, quiso verlo manos a la obra: Cadoudal no pedía otra cosa.

Al día siguiente ya hubo combate. Al verlo cargar contra los Azules sin preocuparse ni por las bayonetas ni por el tiroteo, Stofflet no pudo evitar decir a Monsieur de Bonchamps, que estaba junto a él:

—Si un cañonazo no se la lleva por delante, esa *cabeza redonda* llegará lejos.

Así fue como se le quedó el nombre de *Cabeza Redonda*.

Georges combatió en la Vendée hasta la derrota de Savenay, en la que la mitad del ejército vendeano pereció en el campo de batalla y la otra mitad se desvaneció como el humo.

Tras tres años de prodigios de fuerza, de ingenio, de coraje, cruzó de nuevo el Loira y volvió al Morbihan.

De regreso a su tierra natal, Cadoudal hace la guerra por su cuenta. Este general en jefe cuyos soldados adoraban, y al que le bastaba con una señal para que le obedeciesen, justifica la profecía de Stofflet, sucede a los La Rochejacquelein, a los d'Elbée, a los Bonchamps, a Lescure, a Charette, al mismísimo Stofflet, y ha conseguido rivalizar con ellos en grandeza y superarlos en poder, ya que ha llegado a ser prácticamente el único en luchar contra el gobierno de Bonaparte, cónsul desde hace dos meses, y a punto de partir para Marengo.

Tres días antes se ha enterado de que el general Brune, vencedor de Alkmaar y de Castricum, libertador de Holanda, ha sido nombrado general en jefe de los ejércitos republicanos del oeste, ha llegado a Nantes, y debe, a toda costa, acabar con él, con él y con sus chuanes.*

Pues bien, él también debe, a toda costa, demostrar al general en jefe que no tiene miedo, y que la intimidación es la última arma que se debe utilizar contra él.

*.— Nota del traductor. Chuanes era el nombre dado durante la Revolución a unas bandas de partisanos que, en el oeste de Francia, hacían la guerra a la República.

En este momento sueña con realizar alguna proeza que impresionase a los republicanos; pero enseguida levanta la cabeza: ha oído el galopar de un caballo. El jinete es uno de los suyos, que ha logrado pasar sin dificultad por entre los chuanes apostados en la carretera de La Roche-Bernard, y sin dificultad ha entrado en Muzillac.

El jinete se detiene delante de la puerta de la choza en la que está Georges, se adentra en el camino y se para ante él.

—¡Ah! Eres tú, Rama de Oro —dice Cadoudal—. ¿De dónde vienes?

—De Nantes, general.

—¿Alguna noticia?

—Un edecán del general Bonaparte ha acompañado al general Brune con una misión especial para vos.

—¿Para mí?

—Sí.

—¿Sabes su nombre?

—Roland de Montrevel.

—¿Le has visto?

—Como os estoy viendo.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un apuesto joven entre veintiséis y veintisiete años.

—¿Y cuándo llega?

—Una hora o dos después de mí, probablemente.

—¿Has dado orden de que se le deje cruzar la carretera?

—Sí, le dejarán pasar libremente.

—¿Dónde está la vanguardia republicana?

—En La Roche-Bernard.

—¿Cuántos hombres?

—Un millar poco más o menos.

En ese momento se oyó el galopar de un segundo caballo.

—¡Oh! —dijo Rama de Oro—. ¿Será él tan pronto? ¡No es posible!

—No, teniendo en cuenta que el jinete que nos llega lo hace por la carretera de Vannes.

El segundo jinete se detuvo delante de la puerta y entró como el primero.

Aunque iba embozado en una gran capa, Cadoudal lo reconoció.
—¿Eres tú, Corazón de Rey? —preguntó.
—Sí, mi general.
—¿De dónde vienes?
—De Vannes, adonde me enviasteis para vigilar a los Azules.
—Muy bien. ¿Y qué hacen?
—Se mueren de hambre, y, para procurarse víveres, el general Hatry proyecta atracar esta madrugada las tiendas de Grand-Champ. Será el general quien vaya al mando de la expedición, y, para tener más libertad de movimiento, la formación contará con tan sólo cien hombres.
—¿Estás cansado, Corazón de Rey?
—Jamás, general.
—¿Y tu caballo?
—Ha venido muy rápido, pero aún puede recorrer tres o cuatro leguas sin morir. Dos horas de reposo...
—Dos horas de reposo y doble ración de avena, ¡y que sean seis leguas!
—Seis serán, general.
—Partirás dentro de dos horas, darás en mi nombre la orden de evacuar el pueblo de Grand-Champ al amanecer.
Cadoudal se detuvo e hizo un gesto para escuchar.
—¡Ah! —dijo—. Esta vez probablemente sea él. Oigo el galopar de un caballo que viene por La Roche-Bernard.
—Es él —dijo Rama de Oro.
—¿Quién? —preguntó Corazón de Rey.
—Alguien que el general espera.
—Bueno, amigos, dejadme solo —dijo Cadoudal—. Tú, Corazón de Rey, a Grand-Champ cuanto antes; tú, Rama de Oro, aguarda en el patio con treinta hombres preparados para partir como mensajeros a cualquier punto del país. Haz que me traigan la mejor cena para dos.
—¿Salís, general?
—No, voy al encuentro del que llega. ¡Rápido, al patio, que no te vea!
Cadoudal apareció en el umbral de la puerta en el momento en el que un jinete, deteniendo su caballo, miraba hacia todos lados, como si dudase.

—Aquí se encuentra, caballero —le dijo Georges.

—¿Quién? —preguntó el jinete.

—El que estáis buscando.

—¿Qué os hace suponer que estoy buscando a alguien?

—Se ve enseguida.

—¿Y que el que estoy buscando...?

—Es Georges Cadoudal; se adivina enseguida.

—¡Cómo! —se sorprendió el joven.

Desmontó e intentó atar su caballo a una contraventana.

—¡Oh! Echadle la brida al cuello —dijo Cadoudal—, y no os preocupéis por él, aquí estará cuando lo necesitéis; nada se pierde en Bretaña; estáis en la tierra de la lealtad —y luego, indicándole la puerta—: honradme con vuestra entrada en esta pobre choza, Monsieur Roland de Montrevel, es el único palacio que puedo ofreceros por esta noche.

Por muy capaz que fuera de dominarse, Roland no pudo ocultar su sorpresa a Georges, y con más nitidez al resplandor del fuego, que una mano visible acababa de encender, que al de la lámpara, éste pudo ver cómo aquél trataba en vano de comprender de qué manera el hombre que buscaba había sido informado de antemano; pero Roland, considerando que no procedía manifestar curiosidad, cogiendo la silla que le ofrecía Cadoudal y acercando las suelas de sus botas a la llama del hogar:

—¿Es éste vuestro cuartel general? —preguntó.

—Sí, coronel.

—Está custodiado de forma singular, a mi parecer —dijo Roland mirando a su alrededor.

—¿Me decís tal cosa —dijo Georges— porque desde La Roche-Bernard hasta aquí no habéis visto a nadie por la carretera?

—Ni un alma, he de decir.

—Ello no prueba en absoluto que la carretera no estuviera custodiada —rió Georges.

—Diantre, a menos que la custodiaran las lechuzas, que parecían volar de árbol en árbol para acompañarme; en ese caso, general, retiro mi insinuación.

—Pues precisamente —contestó Cadoudal—, esas lechuzas son mis centinelas, centinelas con buenos ojos, ya que tienen respecto a los de los hombres la ventaja de ver de noche.

—No es menos cierto que hice bien en informarme en La Roche-Bernard, porque si no, no había nadie para indicarme el camino.

—En cualquier punto de la carretera, si hubierais preguntado en voz alta: «¿Dónde encontraré a Georges Cadoudal?», una voz os habría respondido: «En la aldea de Muzillac, cuarta casa a la derecha». No habéis visto a nadie, coronel. Pues bien. Ahora mismo hay unos 1500 hombres que saben que Monsieur Roland de Montrevel, edecán del primer cónsul, está reunido con el molinero de Kerléano.

—Pero si saben que soy edecán del primer cónsul, ¿cómo es que vuestros 1500 hombres me han dejado pasar?

—Porque habían recibido la orden de dejaros no sólo el camino libre, sino de socorremos en caso de necesidad.

—¿De modo que sabíais que venía?

—Sabía no sólo que veníais, sabía también por qué veníais.

—Entonces es inútil que os lo diga.

—Desde luego, sin olvidar que será un placer para mí escuchar lo que tengáis que decirme.

—El primer cónsul desea la paz, pero una paz general y no parcial. La ha firmado con el abad Bernier, d'Autichamp, Châtillon y Suzannet; le appena veros a vos, a quien considera como un valiente y leal adversario, obstinándoos en resistir ahora que estáis solo. Por eso me ha pedido que me reúna con vos. ¿Cuáles son vuestras condiciones para la paz?

—¡Oh! Son bien simples —rió Cadoudal—. Que el primer cónsul restituya el trono a S.M. Luis XVIII, que se convierta en su condestable, su teniente general, el jefe de sus ejércitos de tierra y mar, y yo transformo ahora mismo la tregua en tratado de paz, y me convierto en su primer soldado.

Roland se encogió de hombros.

—Pero sabéis perfectamente que eso es imposible —dijo—, y que el primer cónsul ha respondido con una negativa clara a tal petición.

—Pues por eso mismo estoy dispuesto a reanudar las hostilidades.

—¿Cuándo?

—Esta noche. De hecho, habéis llegado a tiempo para asistir al espectáculo.

—¿Pero sabéis que los generales d'Autichamp, Châtillon, Suzannet y el abad Bernier han depuesto las armas?

—Son vendeanos, y en nombre de los vendeanos pueden hacer lo que les venga en gana. Yo soy bretón y chuán y en nombre de los bretones y los chuanes puedo hacer lo que me venga en gana.

—¿O sea que condenáis a este desdichado pueblo a una guerra de exterminio, general?

—Es un martirio al que convoco a cristianos y monárquicos.

—El general Brune está en Nantes, con los 8000 prisioneros franceses que los ingleses acaban de entregarnos.

—Es una suerte que no tendrán con nosotros, coronel; los Azules nos han enseñado a no hacer prisioneros. En lo que se refiere a cuántos son nuestros enemigos, no es algo que nos preocupe, no es más que un detalle.

—Pero sabéis que si el general Brune y sus 8000 prisioneros, junto con los 20.000 soldados que le proporciona el general Hédouville, no le son suficientes, el primer cónsul está dispuesto a atacaros en persona, con cien mil hombres si hace falta.

—Será un honor para nosotros y le estaremos muy agradecidos —dijo Cadoudal—, y trataremos de demostrarle que somos dignos de combatir con él.

—Incendiará vuestras ciudades.

—Nos retiraremos en nuestras chozas.

—Quemará vuestras chozas.

—Viviremos en nuestros bosques.

—Os lo pensaréis, general.

—Honradme con vuestra presencia aquí veinticuatro horas, y veréis que lo tengo más que pensado.

—¿Y qué pasa si acepto?

—Será para mí un gran placer, coronel. Pero no me pidáis más de lo que puedo daros: un techo de paja para dormir, uno de mis caballos para seguirme, un salvoconducto para partir.

—Acepto.

—Vuestra palabra, caballero, de que no os opondréis a ninguna de las órdenes que yo dé, de que no frustraréis ninguna de las sorpresas que yo prepare.

—Tengo demasiada curiosidad por ver cómo hacéis; tenéis mi palabra, general.

—¿Algo que tiene lugar justo delante de vuestros ojos? —insistió Cadoudal.

—Algo que tiene lugar justo delante de mis ojos, renuncio al papel de actor para limitarme al de espectador; quiero poder decir al primer cónsul: Yo lo he visto.

Cadoudal sonrió.

—¡Pues vais a verlo! —dijo.

En ese momento la puerta se abrió, y dos campesinos acercaron una mesa con comida, en la que humeaban una sopa de col y un trozo de tocino; una enorme jarra de sidra, escanciada para la ocasión, rebosaba de espuma entre dos vasos. La mesa tenía dos cubiertos, lo que era una clara invitación a cenar que se hacía al coronel.

—Como podéis ver, Monsieur de Montrevel —dijo Cadoudal—, mis hombres suponen que tendré el honor de cenar con vos.

—Y vuestros hombres están en lo cierto —respondió Roland—, pues me muero de hambre, y si no me invitaseis, trataría de quitaros mi parte por la fuerza.

El joven coronel se sentó con gran jovialidad frente al general chuán.

—Os pido perdón por la comida que os ofrezco —dijo Cadoudal—; no gozo como vuestros generales de dietas de campaña y me habéis cortado ligeramente los víveres al enviar al cadalso a mis pobres banqueros. Ello podría ser motivo de refriega entre nosotros, pero sé que no habéis usado ni de tretas ni de mentiras, y que todo se ha hecho con lealtad entre soldados; no tengo, pues, nada que objetar. Debo incluso agradeceros la suma que me habéis hecho llegar.

—Una de las condiciones impuestas por Mademoiselle de Fargas al entregarnos a los asesinos de su hermano fue que se os enviara la suma que ella iba a buscar en vuestro nombre. El primer cónsul y yo nos hemos limitado a cumplir con nuestra palabra, eso es todo.

Cadoudal se inclinó; en su lealtad, consideraba que se trataba de algo natural.

Luego, a uno de los dos bretones que habían acercado la mesa:

—¿Qué más nos propones, Quebrantaazules?

—Un pollo en pepitoria, general.

—Tal es el menú de vuestra cena, Monsieur de Montrevel.

—Es un festín; pero hay algo que temo.

—¿El qué?

—Mientras sólo comamos, no habrá problema, pero en cuanto llegue el momento de beber...

—¡Ah! No os gusta la sidra —dijo Cadoudal—; ¡diablos! Me ponéis en un aprieto. Sidra y agua; os confieso que mi bodega carece de otra cosa.

—No es eso. ¿A la salud de quién beberemos?

—Ahora sois vos quien está en un aprieto, Monsieur de Montrevel —dijo Cadoudal con suma dignidad—; beberemos a la salud de nuestra madre común, ¡Francia! La servimos con ideas diferentes, pero, eso espero, con idéntico amor.

—¡Por Francia, caballero! —dijo Cadoudal llenando su vaso.

—¡Por Francia, general! —contestó Roland levantando su vaso y brindando con Georges.

Y los dos se sentaron con gran jovialidad y la conciencia en reposo, y se abalanzaron sobre la sopa de col con ese apetito de quien aún no ha llegado a los treinta.